

El olvido de los segundos

Manuel Campa

¿Por qué dejamos de frecuentar un bar, o cafetería, o sidrería, de repente, y pasamos a ir habitualmente a otro establecimiento, cambiando, incluso de contertulios? Es verdad que, a veces, ese cambio se debe a la desatención de un camarero, o del mismo dueño o encargado, o a la presencia de un cliente molesto. Sin embargo, en la mayoría de los casos, no sabemos muy bien, no somos conscientes del porqué del cambio. ¿Por qué dejaste de ir a tal bar? “La verdad, ni lo sé”, suele ser la respuesta. Si los psicólogos y los neurólogos discuten incansablemente sobre los mecanismos del olvido, cuando éste no proviene de lesiones cerebrales, no es extraño que, a los que somos profanos, muchas de las formas de amnesia nos produzcan perplejidad. Realmente, sólo creemos saber con cierta seguridad dos cosas sobre este tema: que la distancia es el olvido –que hemos aprendido de un tango-, y que “es tan corto el amor y es tan largo el olvido”- que hemos leído en la adolescencia en los “Veinte poemas...” del centenario Neruda. Y muy poco más. Ya nadie se acuerda –por ejemplo- quién se cargó a Cascos. El PP ha perdido las últimas elecciones generales. Por lo menos, fue lo que trajeron los periódicos. No sé si exageraron. Pero, si el PP hubiera ganado- con o sin Al Qaeda-, ¿Cascos seguiría siendo ministro? No, ¿verdad? Entonces, ¿quién apartó políticamente a Cascos? Porque ya nadie se acuerda. Se echa la culpa a los “malos” de ser injustos con Cascos. Pero, ¿no serían los “buenos” quienes lo hicieron pasar a la reserva activa? Ya nadie recuerda qué pasó con quien fue gran segundo del PP. Todos sabemos que Severo Ochoa fue el primer Nóbel asturiano, pero poca gente conoce que hay un segundo, Luis Alvarez, oriundo de Salas. Como nadie recuerda quién fue el segundo del Tour, detrás de Armstrong, hace sólo unos días, ni quién quedó segundo en la Liga de fútbol, tras el Valencia –sólo lo recuerdan los del Barça-. Ya casi no sabemos en qué división está el Oviedo, ni cuál es el nombre actual del Astur, ni quién lo patrocina. La justa preocupación por la tragedia de los parados nos ha hecho olvidarnos de sus segundos, de su falsificación, de los vagos, cuando en Asturias tenemos –como ya señaló Valentín Andrés- algunos artistas perfectos de la holgazanería. Esqueicemos ya quién quedó el segundo en la Eurocopa de fútbol, por perder con Grecia, a pesar del brillante papel que jugó Portugal durante todo el campeonato. Sólo nuestra memoria perdona a los primeros. Nos olvidamos de Carlos Sainz hasta que volvió a ganar en Argentina. César o nada, como en el título de la novela de Baroja. El olvido que manifestamos hacia los “segundos” es claramente injusto, si exceptuamos al que corresponde a los “segundos” desleales, que usan malas artes para reemplazar a los primeros. Hasta el mismo Don Quijote se sintió obligado a salir en defensa de los segundos: “procure vuestra merced llevar el segundo premio, que el primero siempre se lo lleva el favor o la gran calidad de la persona, el segundo se le lleva la mera justicia...” Los antiguos mayas mataban a los perdedores de un juego de baloncesto primitivo. Sin llegar a tanto, actualmente, condenamos al olvido, no ya a los últimos, sino incluso a los segundos. Empezamos a perder el respeto a Fernando Alonso: queremos, a toda costa, que sea el primero y casi no lo aplaudimos cuando llegó el segundo. Quién sabe si ese olvido y falta de estimación por los segundos puestos es una pauta que procede de nuestra competitiva historia occidental, o, incluso, de la excesiva dureza de la lucha por la supervivencia en nuestra evolución como especie.